



# El pequeño salvaje



T. Coraghessan Boyle

Traducción del inglés a cargo de  
Juan Sebastián Cárdenas



IMPEDIMENTA



Título original: *Wild Child*

Primera edición en Impedimenta: enero de 2012

Texto publicado originalmente bajo el título de «Wild Child» en la revista *McSweeney's*, y posteriormente en el volumen de relatos *Wild Child and Other Stories*, publicado en 2010 por Viking Penguin, a member of the Penguin Group (USA) Inc.

Copyright © T. Coraghessan Boyle, 2010

Copyright de la traducción © Juan Sebastián Cárdenas, 2012

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2012

Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Ante la imposibilidad de contactar con el autor de la ilustración de cubierta, la editorial pone a su disposición todos los derechos que le son legítimos e inalienables.

ISBN: 978-84-15130-66-6

Depósito Legal:

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Durante la primera tormenta de otoño en el poblado de Lacaune, en la región francesa de Languedoc, cuando las hojas yacen a los pies de los árboles como billetes viejos y las ramas alumbran oscuras contra el cielo encapotado, un grupo de cazadores que volvían a casa, empapados y sin nada que diera fe de sus esfuerzos, divisaron una figura humana en la penumbra del bosque. Parecía ser un niño, un muchacho, y estaba totalmente desnudo, indiferente al frío y a la lluvia. Se lo veía absorto —rompiendo bellotas entre dos piedras, como pronto averiguarían—, así que en un principio el niño no les vio venir. Sin embargo, uno de los hombres —Messier, el herrero del pueblo, cuyas manos y brazos habían adquirido el color rojizo de la piel de los indios por la dureza de su oficio— tropezó en un agujero y perdió el equilibrio, tambaleándose dentro del campo visual del niño. Fue ese movimiento repentino lo que lo espantó.

Un instante después ya no estaba allí, acurrucado sobre su colección de bellotas. Se había desvanecido entre la maleza con la hipersensibilidad de un armiño o una comadreja. Ninguno habría podido jurarlo —tan breve había sido el encuentro, cuestión de segundos—, pero todos afirmarían que la figura había escapado andando a cuatro patas.

Una semana más tarde el niño fue visto de nuevo, esta vez en el linde de los campos de un granjero, sacando patatas de la tierra y masticándolas tal como salían, sin el beneficio de la cocción o sin siquiera lavarlas.

El granjero tuvo el instinto de ahuyentarlo, pero se contuvo. Había oído hablar de un niño salvaje, un niño del bosque, un *enfant sauvage*, así que se acercó a rastras para observar mejor el fenómeno que tenía ante sus ojos. Vio que, en efecto, el muchacho era muy joven, a lo sumo de ocho o nueve años de edad, y que solo usaba sus manos y sus uñas rotas para cavar en la tierra húmeda, tal como lo haría un perro. A juzgar por su aspecto, el chico parecía normal, pues usaba con soltura sus piernas y sus manos, pero se le veía en extremo demacrado y sus movimientos eran veloces y autónomos. En determinado momento, cuando el granjero había logrado acercarse a veinte metros, el niño levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Al granjero le resultó difícil apreciar el rostro del niño debido a la maraña de pelo que le enmascaraba los rasgos. Por un instante nada se movió, ni el rebaño en la colina, ni las nubes en el cielo. Había algo sobrenatural en el silencio del campo, los pájaros ocultos en los setos contuvieron el aliento, la brisa se detuvo y hasta los propios insectos enmudecieron bajo

tierra. Esa mirada —los ojos bien abiertos, sin parpadear ni una sola vez, negros como café recién colado, la rigidez de la boca alrededor de los caninos descoloridos— era la mirada de algo proveniente del Reino de los Espíritus, algo trastornado, extraño, aborrecible. Fue el granjero quien acabó marchándose.

Fue así como la leyenda empezó a cocerse y finalmente se extendió por todo el distrito a lo largo del otoño de 1797, cuando se cumplía el quinto aniversario de la fundación de la nueva República, y hasta bien entrado el año siguiente. El Terror había llegado a su fin, el Rey estaba muerto, y la vida, sobre todo en las provincias, había vuelto a la normalidad. La gente necesitaba algún tipo de misterio que le diera sustento espiritual, una creencia en lo arcano y lo milagroso, y muchos de los habitantes del pueblo —recolectores de setas y trufas, cazadores de ardillas, campesinos doblados bajo el peso de un haz de leña o de una cesta llena de nabos o cebollas— dieron en montar guardia en el bosque. Sin embargo, no fue hasta la primavera siguiente cuando alguien volvió a ver al niño; esta vez se trató de un grupo de tres leñadores que, guiados por Messier, el herrero, corrieron tras él. Lo hicieron sin pensar, sin ninguna razón, lo persiguieron porque el niño huyó y ellos debían de estar cazando algo, un gato, un cervatillo, un jabato. Al final, el niño, acorralado y sin aliento, se subió a un árbol y comenzó a agitar las ramas y a arrojarles cosas a sus perseguidores. Cada vez que uno de ellos intentaba subir al árbol y agarrar el calloso pie del niño, resultaba mordido y aporreado. Por último los hombres decidieron que lo harían

bajar con fuego. Encendieron una hoguera al pie del árbol y el niño observó desde el profundo refugio de sus ojos a esos tres bípedos, a esos animales andrajosos y violentos, con sus extrañas costumbres y sus balbuceos. Imaginémoslo allí, agazapado en la copa de árbol, la piel tan mellada y corroída como un pellejo de animal azarosamente quemado por el sol, la cicatriz adornando su cuello, ese blancuzco tajo, visible incluso desde el suelo, los pies colgando de las ramas, los brazos lánguidos, a medida que el humo crecía a su alrededor.

Imaginémoslo, pues él no habría sido capaz de imaginarse a sí mismo. Él no conocía nada más que lo inmediato, solo comprendía aquello que sus sentidos le transmitían. A la edad de cinco años —pequeño y desnutrido, ese tozudo decimotercer hijo de una tozuda familia de campesinos, la mente laxa y pre-lingüística— fue llevado al bosque de La Bassine por una mujer que a duras penas conocía, la segunda esposa de su padre, quien no pudo reunir las fuerzas necesarias para hacer lo que tenía que hacer, así que cuando lo agarró del pelo y le retorció la cabeza para rajarle la garganta, la mujer cerró los ojos y el tajo con el cuchillo de cocina no fue certero. Aunque entonces pareció suficiente. La sangre derramada le arrancó un halo de vapor a las hojas y el niño cayó hecho un nido, encogido y esquelético, a medida que la noche descendía sobre ellos y la mujer ya desandaba el sendero del bosque.

Él, claro está, no tenía ningún recuerdo de estos hechos, no recordaba haber vagado durante días y días, recogiendo cualquier cosa para comer, mientras su camisa y sus panta-

lones se iban rompiendo, descosiéndose en hilachas hasta que no hubo ya ni rastro de su ropa. Para él solo existía el instante, y el instante podía darle la oportunidad de atrapar cosas con las que calmar el hambre, cosas sin nombres y sin apenas atributos excepto el deseo de escapar de sus manos: ranas, salamandras, un ratón, una ardilla, polluelos y los agrídulces huevecillos de los pájaros. Encontró bayas, hongos, comió cosas que lo hicieron enfermar y que a la vez afinaron su sentido del gusto, del olfato, de modo que aprendió a distinguir lo comestible de lo que no lo era. ¿Se sentía solo? ¿Asustado? ¿Tenía alguna superstición? Nadie lo sabía. Ni él mismo habría podido explicarlo pues no poseía lenguaje, ni ideas, ni manera de saber que estaba vivo, ni que había un lugar donde vivía ni por qué. Era un ser salvaje, un atavismo viviente y palpitante, y su vida no se distinguía en nada de la de cualquier otra criatura del bosque.

El humo le irritaba los ojos, le impedía respirar. El fuego que crecía y se elevaba empezó a oscurecerlo todo. Cuando se desplomó, los hombres lo atraparon al vuelo.